

El viejo arte de hacer comedias

Javier PÉREZ EGUARAS*

Hace unos pocos días un actor madrileño en un escenario de Pamplona recitó unos versos de un poeta valenciano que venían a decir algo parecido a *“cuando ya no se pueda hacer nada, entonces podremos hacerlo todo”*.

Como parece posible que este sea el momento en el que se encuentra el mundo de la escena no resulta útil intentar modificar la situación actual sino sustituirla. En verdad, con los parámetros actuales, todo intento de mejora se ha vuelto en contra de quien desinteresadamente lo ha promovido y ha contribuido a empeorar la situación, a perturbar el orden básico del arte escénico: la relación entre los artistas y los espectadores.

En este momento toda enumeración de datos de cómo fueron las cosas y cómo lo son ahora derivaría en discusiones improductivas que perpetuarían la situación actual, ya moribunda. Precisamente por ello, y para evitarlo, prefiero limitarme a recordar que sistemáticamente hemos caído en el error de ningunear e incluso anular todas las realidades que en el campo de la creación, la formación y la exhibición han apuntado hacia la excelencia y todas las que han tenido en la búsqueda de la calidad su razón de ser.

“Ya no se puede hacer nada, podremos hacerlo todo”.

No deberíamos olvidar que solo existen dos únicos personajes necesarios: el público y los artistas. Como consecuencia de no tener en cuenta algo tan simple y esencial, entre ambos protagonistas ha aparecido una multitud de intermediarios que teniendo la función de favorecer esa relación, lamentablemente, la han perturbado.

Son precisamente las voces de los personajes principales, las que no se escuchan. El público (incluyo no solo a las personas que asisten a los espectáculos, sino también a aquellas que no pueden o deciden no hacerlo) no dispone de canales de expresión. Está siendo el gran ignorado. Tanto es así que en la actualidad tenemos innumerables y costosas conferencias, ponencias, congresos... sobre técnicas para que los espectadores se sientan importantes y escuchados. Esos espectadores a quienes los mismos que imparten y reciben esas charlas han ido arrinconando al dejar de considerarlos como parte principal de nuestro ámbito. Esto se nota desde el propio lenguaje utilizado; para que el público “se sienta importante y escuchado” el primer paso sería abandonar expresiones como “captación de públicos” o “formación de públicos” que lo relegan a la simple condición de consumidor o cliente. Podríamos, en cambio, pensar que el público reconoce los buenos espectáculos y si se va alejando es, precisamente, porque hemos buscado el éxito fácil en lugar de la calidad y el rigor.

*Director técnico de la Escuela Navarra de Teatro

La otra voz, la de los artistas, o ya no se emite o se recibe con indiferencia o incluso, en ocasiones, con desprecio como consecuencia de la misma perversión del orden lógico: Los actores secundarios se han erigido en protagonistas.

De lo que no cabe ninguna duda es de que público y artistas van a volver a crear sus espacios de encuentro. Lo llevan haciendo decenas de siglos.

Decía un poeta de Granada: *“Un pueblo que no ayuda y fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo, como el teatro que no recoge el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sala de juego o sitio para hacer esa horrible cosa que se llama matar el tiempo”*.

Podríamos añadir, en su mismo tono, que si unos artistas no defendieran sus derechos culturales y los de los ciudadanos, si no muertos, estarían moribundos.

Habiendo un público latente, que espera que los escenarios acojan palabras, sonidos e imágenes que en estos momentos llegan con cuentagotas, la creación artística debe ya despreocuparse de esos agentes intermedios que la han condicionado. Buscar su beneplácito en ningún momento va a contribuir a potenciar ese encuentro entre el público y el mundo artístico. Tantas visitas teatralizadas, encargos, montajes institucionales, textos sobre el emocionante, inspirador y estético tema de las fiestas locales ¿han ayudado o, en cambio, han contribuido a que las creaciones propias, las que realmente representan la sinceridad e inquietudes del artista, se ignoren? O es al revés ¿se han ignorado estas creaciones para así disponer de un elenco que tenga que llevar a cabo las ocurrencias de quien ni es creador ni ha sido formado ni contratado para ello? No deberíamos nunca equi-

126

vocar gestionar cultura con gestar cultura. No son lo mismo.

Como decía, público y actores se van a encontrar. Para ello el único cometido del artista es realizar con honestidad sus creaciones y estar dispuesto a exhibirlas buscando nuevas fórmulas.

El público desatendido hasta el momento deberá demandar una programación que contemple las necesidades de toda la población por igual y no solo las de una parte favorecida. El crecimiento está asegurado, aumentará la demanda y la exigencia y se producirá una selección natural basada en la calidad y el interés. El primer paso, el necesario, es que los artistas pongan en pie sus ideas.

Los demás tendremos que ponernos a su disposición y facilitar su relación y su desarrollo.

Como creo que no van a ser escuchados, me permito tres consejos:

Los artistas que dejaron de serlo deberían tener en cuenta que no siempre el apoyo a la cultura se va a desviar al comercio del ocio y deberían cuidarse mucho de obtener beneficios para sus empresas diciendo defender, en nombre del bien común, a un sector al que ellos mismos excluyen de la actividad.

Los que gestionan los fondos públicos destinados a la cultura deberían implantar un código de buenas prácticas que aplicándose evite sospechas sobre favores y falta de objetividad. Si

no tienen la suficiente formación artística, deberían asesorarse por instituciones o personas de contrastada trayectoria.

Quienes toman decisiones políticas deberían considerar que la única que les corresponde es apoyar y fomentar la cultura. Ir al lado del arte y facilitarle el camino, nunca marcarle la dirección. Las decisiones ideológicas en este campo son peligrosas. Así lo han entendido países de nuestro entorno desde hace más de sesenta años.

Hace nueve años autoridades de muchos países en la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, se pusieron de acuerdo y definieron: "La diversidad cultural es una gran riqueza para las personas y las sociedades. La protección, la promoción y el mantenimiento de la diversidad cultural son una condición esencial para un desarrollo sostenible en beneficio de las generaciones actuales y futuras"...

"El acceso equitativo a una gama rica y diversificada de expresiones culturales procedentes de todas las partes del mundo y el acceso de las culturas a los medios de expresión y difusión son elementos importantes para valorizar la diversidad cultural y propiciar el entendimiento mutuo"...

"La diversidad cultural se manifiesta no solo en las diversas formas en que se expresa, enriquece y transmite el patrimonio cultural de la humanidad mediante la variedad de expresiones culturales, sino también a través de distintos modos de creación artística, producción, difusión, distribución y disfrute de las expresiones culturales, cualesquiera que sean los medios y tecnologías utilizados".